

NIÑOS DE LA BIBLIA.



JOSEF EN LA PRISION.

VIII.

JOSEF.



Los mercaderes ismaelitas que habian sacado á Josef de manos de sus envidiosos hermanos, así que llegaron á Egipto, trataron de vender su esclavo con todas las ventajas que podian esperar de su juventud y gallarda presencia. Putifar, uno de los personajes mas importantes de la corte de Faraon, y general de las tropas de este opulento soberano, fué el que llevó á su casa á Josef, y con el todas las bendiciones del cielo. Dios que desde la

Octubre de 1847.

mas humilde condicion y desde el mas apurado trance de la vida, se proponia ensalzar á Josef hasta el grado á que le hacian acreedor su virtud y su resignacion, empezaba á dar muestras de esta proteccion tan señalada; así es que concediendo á Josef el acierto en todo cuanto emprendia, bien pronto los bienes de su amo se aumentaron extraordinariamente, y el éxito mas feliz coronaba todas sus empresas. Conoció bien pronto Putifar á quien debia toda la prosperidad y buen gobierno de su casa, y haciendo de Josef la confianza mas ilimitada, le dijo:

—¡Dios está contigo, jóven hebreo! He aquí que ya no eres mi esclavo,

15

sinó mi leal administrador. Toda mi casa y todos mis bienes están desde este momento bajo tu potestad. Yo de nada cuidaré, pues en tí deposito toda mi confianza.

Así fué en efecto, y Putifar atento á las obligaciones de su destino, puso á Josef al frente de su casa, haciendo que todos los dependientes de ella le obedeciesen como á su misma persona.

Pero Dios reservaba aun á Josef otra prueba en que su virtud quedase mas acrisolada. La muger de Putifar despues de haber procurado en vano apartar á Josef del sendero de la virtud, discurrió el calumniarle con su marido, para vengarse del desprecio que Josef habia hecho de su hermosura, y de la indignacion con que habia rechazado los perversos deseos de aquella esposa desleal.

Imposible parece que Putifar, que tal confianza habia hecho de Josef y que tales pruebas tenia de su lealtad, diese crédito sin mas averiguacion á las calumnias de su pérdida esposa; pero cediendo al primer arrebato de su cólera, y muy sentido por ver cuán mal se correspondia á su generosa confianza, condenó á Josef sin oírle, y empleó el favor que gozaba con el rey para sepultar en una lóbrega cárcel al inocente jóven.

No desanimó á Josef este nuevo contratiempo, antes al contrario, tenia confianza en el porvenir, y para todo le daba ánimos la tranquilidad de su conciencia. Unicamente el recuerdo de su triste y anciano padre le afligia sobremanera, y solo hubiera deseado la libertad para volar á el lado del infeliz Jacob, y proporcionarle algun consuelo en sus últimos años.

Entretanto allí como en todas partes supo Josef captarse la benevolencia de cuantos le rodeaban. El era el consuelo de todos cuantos gemian en aquella prision; él era el que habiendo obtenido la confianza del alcaide de la cárcel, así que se persuadió de su sabiduria, cuidaba y visitaba á los presos, y les profetizaba su próspera ó adversa suerte por medio de la admirable interpretacion de sueños con que Dios le habia favorecido. Este don del cielo fué para

Josef el origen de su libertad y de su engrandecimiento.

Aconteció que un dia cuando menos Josef se lo esperaba, entraron en la cárcel unos ministros de Faraon y anunciaron á Josef que se preparase á comparecer delante del soberano. Para hacerlo dignamente le lavaron y mudaron de vestido, y despues de haber compuesto y perfumado su cabello le presentaron en palacio.

Hallábase Faraon sentado en su sòlio augusto, rodeado de los principales magnates y funcionarios de su córte y ostentando aquel lujo y aquella magnificencia de los monarcas de Egipto; pero Josef se llegó á saludarle con la mayor presencia de ánimo y tan sereno como se hallaba en las tenebrosas cuevas de la prision.

Contempló un breve instante Faraon con visibles muestras de placer y luego habló asi:

—Jóven hebreo, yo he tenido un sueño misterioso, que ha turbado mi espíritu y cuya interpretacion ninguno de mis sábios alcanza á conocer. He sabido cuanto sobresales en la explicacion de los sueños, y quiero que me digas lo que el mio significa.

—La interpretacion de los sueños, contestó Josef, viene de Dios; referidme ¡oh rey! lo que habeis visto, decidme cuales es el pensamiento que aflige vuestro espíritu y Dios me iluminará para explicar vuestro sueño.

—Soñaba, dijo el rey, que hallándome en la orilla del rio se me presentaban siete vacas gruesas, lozanas y de singular hermosura; pero tras de estas vacas venian otras siete en extremo flacas y macilentas, las que devoraron á las primeras, sin que por esto diesen muestras de engordar ni de saciarse, sino que permanecieron en su primera flaqueza y deformidad. Siguióse á este sueño otro en que me pareció ver siete espigas de trigo, llenas de grano y erguidas sobre su tallo, las que fueron inmediatamente devoradas por otras siete que despues de ellas se manifestaban estenuadas y secas por el viento abrasador. He aqui los sueños que no hay quien explique.

—Aquel que disipa las tinieblas que

ofuscan el entendimiento de los hombres, ilumina ahora el mío para que pueda explicar esos sueños que ambos significan una misma cosa, consistiendo el venir duplicados en que el suceso que significan ha de ser tan pronto como seguro. Vendrán ¡oh Faraon! siete años de fertilidad que esparcirán la abundancia en toda la tierra de Egipto; pero despues vendrán otros siete años de escasez extraordinaria en los que la tierra completamente estéril hará olvidar la pasada abundancia. Ahora solo falta aprovechar el aviso misterioso que el cielo os envia en esos sueños.

Contemplaba Faraon á Josef con tanta admiracion como alegría, y si sus bellísimas facciones realzadas con los cabellos que ensortijados á la espalda le caian, si su actitud modesta sin dejar de ser noble y su hablar melodioso no predispusiesen á su favor, lo haria la sabia interpretacion que habia dado á los sueños de Faraon, cuyo espíritu se iluminaba con las palabras de Josef.

—Jóven, le dijo, ya que el Señor habla por tu boca, espresico que me indiques el remedio de esos males y que providencia deberé adoptar para preservar á mis pueblos del hambre.

—Escoge ¡oh rey! un varon prudente é industrioso entre los sábios de tu reino, y que establezca en todas las regiones comisionados y dependientes suyos, para que recojan todo el grano sobrante en los años fértiles y guardándole en granero público, se pueda remediar la escasez de los siete años últimos con la economía de los siete primeros.

—¿Y dónde podré yo encontrar un hombre mas sabio, ni mas favorecido del cielo que tú? Si, tú serás dueño de todo el Egipto, y mis pueblos obedecerán gustosos las órdenes dictadas para su bien por la sabiduria de tus lábios y por la prudencia que reside en tu corazón.

Aplaudieron todos los circunstantes las palabras del monarca y levantándose éste del solio, tendió su mano á Jo-

sef: quitándose despues el anillo real se le entregó diciéndole:

—Toma: hé aqui mi anillo, signo de todo mi poder y emblema de mi autoridad, empléala desde este momento para bien de mi pueblo.

Fué tan completo el triunfo del humilde Josef, y tan eficaz en el rey el deseo de favorecerle, que mandó que todos le obedeciesen como á la segunda persona del reino, en quien el rey depositaba su poder y su confianza, por lo que los egipcios empezaron á doblar ante él la rodilla y á tributarle aquellos honores que solo estaban acostumbrados á tributar á las personas reales. Josef se presentó en fin al pueblo que ansiaba contemplarle, revestido con una finísima túnica de lino, llevando un riquísimo collar de oro pendiente del cuello, y ostentando toda la magestad y gallardia de su persona en uno de los suntuosos carros triunfales de Faraon. Los habitantes se agolpaban para verle, las doncellas al son de la citara, entonaban cantares en loor suyo y los heraldos que iban delante del carro clamaban para que todos reconociesen y venerasen al gobernador de la tierra de Egipto, y al que el monarca habia condecorado con el pomposo renombre de *Salvador del mundo*.

Jamás se habian prodigado tantos honores á un simple mortal; pero el virtuoso Josef sin envanecerse con tan inesperada grandeza, así que despues del triunfo se vió solo en el aposento que en el palacio de Faraon le estaba destinado, se prosternó ante el Dios de sus padres y levantando á él su corazón, exclamó:

—Yo adoro, Señor, vuestra infinita providencia que á tal grado de grandeza me ha conducido por tan desusados y maravillosos caminos. De vos, Señor, de quien provienen todos los favores, espero todavia el de ver y consolar á mi anciano padre, y el satisfacer este deseo tan grato á mi corazón, sea el colmo de los favores con que habeis señalado vuestra bondad para conmigo.

F. F. VILLABRILLE.



HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA. (1)



AMILGAR Y ORISON.



I.

¿Quién de entre mis jóvenes lectores habrá que no sepa la manera páfida y dolosa con que los cartagineses poblaron el suelo español? Ninguno; todos deben saber que este puñado de habitantes de una parte de la costa de Africa, invadieron nuestro territorio; primero, sorprendiendo nuestra sencilla credulidad bajo el velo de una aparente amistad, y despues escarmentando la poca prevision de los españoles, con el yugo intolerable que forzosamente tuvieron que experimentar de estos astutos y atrevidos dominadores. Sin embargo, cuando mas entronizado se encontraba su comercio, cuando ya hasta habian erigido fábricas, almacenes, templos para el culto de sus dioses, y por último, cuando ya contaban con las simpatías de algunos de los pueblos conquistados, otra nacion miraba con celosa envidia la prosperidad de los africanos, que con sus flotas cubrian el Mediterráneo, llevando á sus puertos escuadras numerosas cargadas de riquezas. Un suceso harto temible cuanto

(1) Con este epigrafe nos proponemos publicar una série de artículos, en los que sin faltar á la verdad histórica, y guardando en los hechos el órden cronológico, se presenten estos á la vista del lector bajo una forma dramática é interesante, de modo que sin violencia ni esfuerzo queden grabados en la memoria de los niños los acontecimientos mas notables de la historia de nuestra patria y los nombres de los héroes que con sus hazañas la han ennoblecido

inesperado, puso á los cartagineses en la mayor consternacion.

En el año 400 antes de Jerucristo, y un dia en el que nuestros intrusos comerciantes acababan de rendir culto á sus divinidades en los magníficos templos que poseian, un sordo murmullo se esparció por la ciudad de Cádiz, presagio sin duda de alguna funesta noticia: lo mismo los cartagineses que los hijos de aquella rica ciudad, deseaban saber el motivo de tanta agitacion, la causa de tan fundados temores, pero bien pronto quedaron sus deseos satisfechos: el pueblo fué convocado para que en la tarde de aquel mismo dia acudiese á la gran plaza, donde uno de los personajes mas respetados de los cartagineses debia manifestar cosas interesantes. Con efecto, el pueblo en masa acudió solícito y ansioso de novedades, á la hora convenida á la gran plaza, donde se hallaba erigido un tablado cubierto con paños de distintos colores, y sosteniendo una diforme y bien trabajada estátua, representacion del ídolo á quien rendian el culto mas sumiso y estravagante. El tablado referido estaba rodeado de tropa armada y lujosamente equipada á la usanza de aquellos tiempos. Un anciano ciñendo una túnica blanca y un largo manto del mismo color, subió con grave magestad á esta especie de anfiteatro, acompañado de dos jóvenes negros, los que reclamaron á voces la atencion del apiñado y numeroso concurso: un silencio universal sucedió á esta fórmula; el de la túnica blanca cruzó sus brazos, y acercándose á la estátua, se postró ante ella, en cuya posicion permaneció unos cinco minutos, al cabo de los cuales se levantó, y dirigiéndose en seguida al pueblo, con voz robusta y solemne pronunció las siguientes palabras.

«Desgraciado y maldito de los dioses el ibero que se rebeló y obre en contrario de sus inspiraciones y mandatos. Una poderosa nacion, la de Roma, ambiciosa de dominar el vasto territorio de la Bética, considerando lo infructuoso de sus planes, si desde luego se proponia atacarla de frente, ha recurrido al medio mas cobarde y ruin para el buen resultado de su proyecto. Hoy penetran los romanos por una gran parte de nuestras costas de Africa, y nada respetan para satisfacer su ánsia de dominar. Las numerosas tropas cartaginesas que ocupan este fértil suelo, tienen precision de volar en socorro de su patria, y he aqui lo que los romanos desean, porque debilitando la Bética podrán mas facilmente penetrar en ella. Mas esta divinidad acaba de asegurarme, que si los iberos no rechazan con hrio á tan injustos conquistadores, la España será teatro de horrorosos acontecimientos.»

Esta allocucion concluyó ennumerando los beneficios que los españoles habian obtenido de los cartagineses, instruyéndolos en todas las materias del saber humano, contribuyendo al progreso de las artes, y cooperando al desarrollo de la agricultura y el comercio. En fin este sacerdote que acababa de hablar poseia el don de la persuasion, y los habitantes de Cádiz quedaron muy satisfechos de él y juraron por cuanto sagrado habia, no dar lugar á que la divinidad que reverenciaban se irritase contra ellos, prometiendo en medio de estrepitosas aclamaciones rechazar á viva fuerza á sus nuevos invasores. Los cartagineses confiados con las promesas de algunos pueblos de la Bética, acudieron presurosos al socorro de su patria, y si bien es cierto que los gaditanos permanecieron aliados de los ausentes invasores, otras importantes poblaciones, antes sometidas á los africanos, se aprovecharon de tan favorable acontecimiento para recuperar su anterior independencia, lo que sin grandes esfuerzos alcanzaron; pero la ambiciosa y orgullosa Cartago no podia permanecer pasiva á una pérdida tan considerable, por lo cual no bien cesaron las hostilidades de la

primer guerra púnica, cuando volvieron hácia España con objeto de reconquistar en ella su dominio. Para este efecto desembarcó en Cadiz un ejército numeroso bajo las órdenes de Amilcar Barca, y como la ciudad continuaba en amistosa alianza con estas gentes, ocioso es manifestar que fueron bien recibidos y agasajados por tan bastardos españoles.

Desde este punto dió principio Amilcar á sus incursiones por el continente, talando las campiñas y saqueando los pueblos, y en un cortísimo periodo de tiempo logró someter una gran parte de la Bética; pasó despues á Estremadura y Portugal, y en solo nueve años de consecutivos asaltos, saqueos y persecuciones redujo á la obediencia á esta gran porcion del territorio ibero. Sin embargo, los vetones, situados en los confines de Estremadura y Leon, contuvieron algun tanto los progresos del injusto y ambicioso dominador. Una de las poblaciones de esta comarca que mas se resistieron á los cartagineses, fué la ciudad de Helice, ante la cual sentó Amilcar sus reales con intento de tomarla á viva fuerza, pues su orgullo no consentia retirarse sin haber penetrado con su poderoso ejército en esta importante plaza. Tres veces emprendieron el asalto y otras tantas fueron valerosamente rechazados: ya era preciso que el general cartaginés emplease el último esfuerzo para el buen éxito de su temeraria empresa, y á este fin reclamó nuevos auxilios y se preparó á la ejecucion de su intento: los habitantes de Helice, faltos de apoyo por parte del mayor número de sus conciudadanos y reducidos al último extremo, sabiendo los imponentes preparativos que practicaban sus adversarios, se creyeron esclavos de Cartago: mas antes de sucumbir á tan vergonzosa servidumbre determinaron acudir á la estrategia; ya que se conceptuaban demasiado débiles para oponerse de frente á sus enemigos. Por lo que seguidamente voy á poner en conocimiento de mis lectores sabrán el medio á que recurrieron.

Son las doce de una apacible noche de primavera; la luna, en todo su esplendor baña la vasta llanura

donde están situados los reales de Amilcar, frente á los muros de Helice y á distancia de una media milla. Los cenicientos reflejos del astro luminoso, dejan ver la agradable y vistosa confusion de un grande ejército acampado, aguardando solamente la voz de un gefe, que los mande tomar por asalto la ciudad enemiga que tiene á su alcance, y á la que miran con insultante desprecio. En el centro de esta armada muchedumbre, sobresale por su elevacion y blancura, una hermosa tienda de campaña, sobre la cual ondea una flotante banderola encarnada y azul, cuyo pabellon simboliza el sencillo lema ó enseña, con que los africanos vuelan á los combates; esta tienda guardada por cuatro centinelas de gigantesca estatura, se vé alumbrada por dos antorchas que lucen en la

parte interior, y las que permiten distinguir á Amilcar descansando muellamente sobre dos grandes y ricos almohadones de terciopelo encarnado guarnecidos de oro: á un estremo de la tienda hay colocado un grande pebetero que contiene diferentes composiciones aromáticas, las cuales convertidas en humo, llenan la improvisada mansion del guerrero de ese suave y exquisito olor que á tan escesivo grado llegó á perfeccionarse en las regiones del ocioso oriental.

Los primeros centinelas situados á la vista de la plaza, vieron con sorpresa á través de los rayos de la luna que un considerable numero de gente de á caballo se aproximaba hácia ellos, y este inesperado movimiento puso en alarma á todo el ejército acampado; mas la robusta voz de un hombre que venia á la cabeza de estos ginetes, y el toque de



un clarin dando señal de paz apaciguaron la intranquilidad de los africanos. Amilcar también un tanto sobresaltado preguntó el origen de tanta turbacion,

y entonces uno de sus mas allegados le dijo:

—No temais, señor. Orison, ese formidable y aventajado capitán que has-

ta ahora ha sostenido el entusiasmo y decision de la plaza enemiga, viene acompañado de un gran número de gente de á caballo, solicitando una entrevista con vos, y asegurando que desde este momento quiere pertenecer con los que le siguen á las filas africanas.

—Pase Orison á mi tienda, respondió Amilcar dando á su moreno rostro una espresion de satisfactorio orgullo.

A consecuencia de esta órden, Orison mandó echar pie á tierra á sus soldados; él tambien se apeó, y con noble magestad penetró por el ejército acampado, del cual se atrajo durante su paso las miradas mas atentas y curiosas. Por fin llega á la estancia del caudillo cartaginés, el que dejando entrever una leve sonrisa, recibe con aparente afabilidad al recién llegado.

—¿Es cierto lo que acaban de decirme? preguntó.

Orison entonces mira al africano con semblante altanero, y descansando su izquierda mano sobre la gruesa empuñadura de su espada se presenta al general enemigo con la fisonomia adusta y altiva, y con la gallardia y donaire que tanto caracterizaba la valentia y el heroismo de los hombres de estos remotos tiempos.

—Si te dijeron, que á tí quise ligarme, repuso Orison, no te engañaron: tuya es la gente que conmigo traigo, tuya es tambien la espada que pende de mi cintura.

—¿Y podría explicarse, preguntó Amilcar, lo que te ha conducido á tan estraña resolucion?

—Largo es el relato si he de emprenderle: aplázale para otra ocasion; ahora, conténtate con saber que me hallo resentido de la tribu que defendia, que ansio la venganza, y que deseo marchar con los tuyos hácia Helice.

—Sienta, le contestó Amilcar, quiero que esta misma noche me expliques el motivo de tu traicion, si tal puede llamarse.

Orison, al verse llamado traidor por el general cartaginés, hizo un movimiento de furor, pero meditando la posicion en que se encontraba, se reprimió; mas estas dos opuestas emociones

no pasaron desapercibidas al caudillo africano y prosiguió:

—¿Te has estremecido á la palabra traicion?

—Sí, porque no quiero serlo, y pienso que despues de satisfecha mi venganza, no podrás en adelante contar conmigo para tus futuros planes de campaña... En fin, prosiguió con enérgica y casi feroz resolucion, no procures prolongar unos momentos que martirizan el alma de un caballero: avancemos esta misma noche á la ciudad, quede una vez mi venganza satisfecha, para que pronto deje ver el movil de una traicion que descaradamente me acabas de imputar.

—Aguardaba que amaneciese, dijo Amilcar, para dar la señal de asalto.

—Te pierdes, respondió Orison con prontitud.

—¿Por qué? pregunta sorprendido y con rapidéz el de Cartago.

—Porque acaso esta misma noche sea sorprendido tu ejército, pues solo por ese medio pueden lograr la victoria.

Amilcar se puso inmediatamente de pie ó hizo señas á Orison para que le siguiera. Ambos caudillos salieron de la tienda seguidos de un reducido séquito, y al llegar casi á las primeras filas que daban frente á la ciudad sitiada preguntó Amilcar á Orison.

—Dime, ¿qué es aquella densa y prolongada oscuridad que apercibo casi á la altura de mi vista, hácia la derecha de la poblacion enemiga, porque la luna nos vá negando su luz, no tengo espías, y por consiguiente nadie ha podido decirme....

—Son, respondió Orison, unos improvisados parapetos que han formado los habitantes de Helice con carretas y otros objetos.

El general cartaginés soltó una estrepitosa carcajada, y en seguida dió la señal de alarma. Sonó un clarín, y con la velocidad del rayo, se encontró ordenado y dispuesto á la lucha el ejército africano. Amilcar dispuso que Orison se colocara con su caballería á retaguardia de todas sus tropas, para que en caso de un apuro sostuviese con ella la retirada de los suyos, si desgraciadamente eran rechazados, y mon-

tando luego en un brioso corcél, dió nueva señal para un segundo toque de clarín, signo que hizo volar hácia los parapetos antes que hácia la ciudad á los soldados cartagineses. Advertido el movimiento por los sitiados y parapetados, estos últimos, cuando vieron mas cerca á sus antagonistas, prenden fuego á la leña que contenian las carretas, aguijonean á los bueyes uncidos á ellas; el campo se ilumina, los emboscados salen ansiosos de matanza y se precipitan sobre los cartagineses; los de la ciudad, acuden tambien sobre el ala izquierda de los sitiadores, los cuales confundidos y aterrorizados con las llamas y la cuchilla vengadora de sus adversarios quieren retroceder, pero Orison con su valerosa y entendida gente de á caballo, lejos de apoyar

y sostener esta presurosa retirada obra conforme al plan antes meditado con los de la ciudad, y con espada en mano grita á los suyos:

—¡Este, soldados míos, es el momento de escarmentar para siempre la osadía de los cartagineses!

Y persiguiendo á los que huían que iban gritando; *traicion*, logra introducir el mas funesto desórden, y derrotarlos casi completamente. Amilcar comprende el lazo, pero cuando ya no tiene remedio, y fia tambien su salvacion en la fuga; mas encarnizadamente perseguido por los escuadrones de Orison, cayó del caballo al atravesar el Guadiana y feneció en las aguas de este rio.

I. A. BERMEJO.

APUNTES MORALES.

AVENTURAS

DE UNA FAMILIA INGLESA.

II.

LA AUSENCIA.

Habiendo simpatizado el jóven Samuel con lord Egerton, con aquella sinceridad de la cual son tan susceptibles especialmente los niños, se afligió extraordinariamente á causa de la partida del extranjero, á quien le debía la vida, y en la familia del cual habia encontrado tanta felicidad. Su enfermizo estado se acrecentó, y por último fué víctima de una especie de marasmo que le hizo insensible á todos los placeres y distracciones que le proporcionaba su pobre madre, llena tambien de amarga inquietud.

—Vamos, Samuel, le decia, ánimo; pronto recibirás carta de tus amigos de Inglaterra.

Con efecto, llegó la primera carta; traía el sello de Lóndres, y anunciaba la próxima partida de toda la familia del lord para Plymouth, donde debia verificar su embarque. Todos habian querido poner algo en la carta; Nelly, y Jorge á pesar de su imperfecta letra escribió un parrafito que dirigia á su amigo, pero Sara era la que se habia encargado de la parte mas principal de la correspondencia; daba pormenores respecto á los preparativos que necesitaba tan prolongado viage, y finalizaba manifestando su sentimiento porque no le hubiese acompañado Samuel, que hubiera deseado tomar parte en la expedicion que se prometian tan llena de atractivo é interés.

Samuel lloró al leer esta carta, y contestó tiernamente á lord E***, á Sara, á Nelly y á su amigo Jorge.

La segunda carta de lord Egerton llegó de Plymouth, y contenia en primer lugar consejos para la conservacion de su delicada salud, respecto á la cual

había consultado con los médicos mas distinguidos de Lóndres; y Sara ocupaba con su clara y elegante letra las otras tres páginas.

«No puede vd. figurarse, mi querido Samuel, las tiernas precauciones que nuestro buen padre ha tomado para hacernos menos penoso el viage que vamos á emprender. La nave, como vd. ya sabe, es suya; es el mejor velero del puerto, y su casco está enteramente cubierto de zinc, con el objeto de prevenir cualquier accidente. Todo el mundo se encamina con direccion al puerto, para admirar esta preciosa y segura nave, cuya elegancia se hace notar entre todas las demas embarcaciones.

«Se ha puesto allí para cada uno de nosotros, una reducida, pero bonita habitacion donde nada falta, y donde todo contribuye á la comodidad; hay ademias un cuarto que nos sirve de dormitorio, cuyo lecho suspendido se balancea como una hamaca: tambien tenemos un elegante saloncito para tomar el té, un comedor y un gabinete de estudio; y todo esto adornado caprichosamente pero con mucho gusto; el gabinete de estudio tiene una biblioteca que encierra aproximadamente unos dos mil volúmenes, que aseguro á vd. harán mas corta y menos molesta la travesía, dado caso que llegue á sernos enojosa, aun cuando lo dudamos; tenemos tambien muchos pájaros encerrados en bonitas jaulas, que cantan y vienen con su pico á tocar los alambres que constituyen su encierro, á fin de solicitar una libertad, de la cual no hacen uso mas que para revolotear en derredor de nosotros, y para recibir de nuestras manos el grano que les presentamos; en fin para que nada nos falte, tenemos una mona, que ha comprado mi padre, que es la diversion de todos los marineros, y la nuestra igualmente; Samuel, le confieso á vd. que con sus extraordinarios movimientos nos hace morir de risa.

«Hoy por la mañana he oido hablar á mi padre con el capitán (es un jóven bastante instruido, que por una injusticia se ha visto privado de un grado en la marina, al cual tenia derecho, pe-

ro á quien mi padre procura favorecer). Ha dado cuenta de todas las provisiones que mi padre le había indicado como necesarias, y vd. no podrá figurarse, Samuel, hasta qué punto ha llegado la prevision de nuestro padre. ¿Por qué no ha partido vd. con nosotros? Espero que tendremos aventuras: adios, amigo mio; escribiremos á vd. desde el primer puerto que desembarquemos.»

Con efecto, Sara fué fiel á su promesa, porque tres meses despues recibió Samuel una carta escrita desde Portugal; poco mas tarde otra procedente de la isla de Madera, y luego otra del Senegal, en las cuales veía que sus amigos no dejaban de tributarle el mas tierno y afectuoso recuerdo.

Pasaron seis meses sin que el pobre enfermo de Flandes volviera á tener noticias de Sara: la familia inglesa, despues de haber permanecido algun tiempo en la isla de Santa Helena, se había vuelto á poner en camino con direccion al cabo de Buena-Esperanza, y desde este punto, encargaron al capitán de un buque francés, que pusiera en manos de Samuel una carta, en la que Sara se felicitaba de ver aproximarse el instante que había de poner un término á su viage.

«Despues de algunos momentos de reposo, decia, partiremos para Batavia, y de Batavia al Puerto-Jackson, cuya travesía es muy corta en comparacion del inmenso camino que hemos recorrido atravesando los mares; si encontramos una ocasion para escribir á vd. desde esta isla, lo haremos con gusto. Samuel, en el caso opuesto, espere vd. recibir nuevas de nosotros, tan luego como lleguemos á Botany-Bay, y despues que hayamos abrazado á la pobre Diana.»

Esta carta fué la última, y desde entonces Samuel pasó las semanas, los meses, y mas de un año, en la esperanza, en la incertidumbre y en la desesperacion. En vano su madre para engañar su dolor, procuraba convencerle de que este grande silencio, procedia de que las cartas se habían estraviado, porque un secreto y fatal presentimiento destruía todas estas ingeniosas suposi-

ciones, y el pobre niño temía, que ya no volvería á ver jamás á aquellos amigos que tanto amaba; recelaba un infortunio....

Diez y siete años transcurrieron, y el niño llegó á ser hombre; derramó muchas lágrimas durante estos años de amargura, y no perdió la nobleza y la energía de su carácter; creóse un estado, conquistóse una fortuna, y después de haber recorrido algunas provincias para buscar la vida por medio del trabajo, encontró la dichosa vida y la independencia que busca en Paris todo artista que no procura hallar la libertad en el desórden, y el bien en la corrupción.

En este periodo, en esta situación de trabajos, el pensamiento de lord E*** sin borrarse de un todo de la memoria de Samuel, no quedó mas que como un vago recuerdo, hácia el cual su imaginación se dirigía con tristeza, como hácia los primeros años de su infancia.

Una tarde, en que los salones de la embajada de Inglaterra reunia lo escogido de los habitantes de la Gran Bretaña, que habia venido á Paris para gozar los placeres que proporciona el invierno, Samuel reparó en un jóven de gallarda presencia, y cuyas facciones le recordaron la fisonomía de lord E***. Este jóven se paseaba con dos señoras, de las cuales una tendria como unos treinta años de edad, al paso que la otra solo representaba unos veinte y cuatro ó veinte y cinco; la mayor estaba pálida, y en su frente se veía un signo de tristeza bastante notable, que contrastaba con su magestuoso andar, pero cuyas maneras, estaban en armonía con su alta estatura y la agradable proporcion de sus carnes; la otra, al contrario, flexible y delgada, conservaba todos los caractéres de la juventud, y no se la podia contemplar sin que se espermentara una agradable emocion, al ver su larga y rubia cabellera, sus ojos azules, y su sonrisa cándida y llena de gracia.

Samuel procuró informarse del nombre de estos estrangeros, pero nadie los conocia en Paris, lo cual revelaba que hacia poco tiempo que habian llegado. Sin embargo, Samuel, mientras

mas observaba al jóven, mas semejanza encontraba en sus facciones, y aun en sus menores movimientos con lord E*** últimamente preocupado con esta idea no pudo resistir á la tentacion de indagar el nombre de aquellos individuos, y colocándose detras del jóven dijo en voz alta:

—Lord Jorge E***

El jóven volvió la cara y vió con sorpresa un desconocido que le tendia la mano con emocion.

—Jorge, le decia, Jorge, ¿ha olvidado vd. enteramente á Cambray y á Samuel?

En tanto que el jóven inglés escuchaba estas palabras con admiracion, las dos señoras que le acompañaban vieron á Samuel y le dijeron:

—Nada de eso hemos olvidado.

Y apretaron afectuosamente la mano que Samuel habia alargado á su hermano... Eran Sara y Nelly, eran los hijos de lord E***.

—Este no es sitio apropiado para que permanezcamos, dijo Sara, al observar que algunos curiosos se aproximaban al grupo que formaban los cuatro; pasad á vernos mañana temprano al *hotel* Mauricio donde vivimos hace algunos dias; emprendremos una larga conversacion, y sabrá vd., querido Samuel, cosas bien estrañas y dolorosas.

No tengo necesidad de referir la exactitud de Samuel para acudir á la cita. Sara, Nelly y Jorge le dieron la acogida mas afectuosa y cordial.

—Vd. deberá haber quedado sorprendido de volvernos á ver, Samuel, dijo Sara, pero á nuestro entender es un milagro mas grande todavia, pues desde nuestra separacion hemos esperimentado muchas desgracias, y la fortuna ha agotado sobre nosotros todos sus caprichos y sufrimientos.

Mi última carta, vd. lo sabe, estaba fechada en el cabo de Buena-Esperanza. Desde allí pasamos á Batavia donde casi tocábamos al término de nuestro viage; después de algunos dias mas de travesía, hubiéramos desembarcado en Botany-Bay donde debiamos encontrar á la infortunada Diana; nuestra partida de Batavia se efectuó, como lo demas

de nuestro viage, sin peligro ni privaciones de ningun género, sin la mas leve inquietud; nuestra educacion no esperiméntó la menor alteracion durante la travesia, gracias á la tierna solicitud de nuestro buen padre, gracias á los prolijos cuidados de nuestra activa y buena aya mistriss Scott, tanto mi hermana como yo hicimos grandes progresos en la música; mi padre tenia mucho gusto en acompañarnos cuando tocábamos alguna pieza, y pasábamos casi todas las noches entregados á esta agradable distraccion.

Al tercer dia de nuestra partida de Batavia, y como á las nueve de la noche, estábamos ejecutando una sinfonia de Beethoven, cuando el navio comenizó á esperariméntar una agitacion tan violenta que nos obligó á suspender nuestro concierto; mi padre subió á cu-

bierta para informarse de la causa de tan violentos sacudimientos, y tardó tanto en volver que llenos de inquietud subimos á reunirnos con él; pero ¡ay Samuel! qué espectáculo tan espantoso se presentó á nuestra vista! La lluvia caia á torrentes, y el viento silbava, y las olas, horribilmente agitadas, arrastraban la nave de tal manera que era imposible darle una determinada direccion. El capitán pálido y desesperado no acertaba á dar órdenes, y los marineros permanecian estupefactos y silenciosos; pero de repente se oyó un grito unánime de terror y de muerte... la nave acababa de estrellarse contra una roca.

Al paso que todos se lamentaban de tan horrorosa catástrofe, mi padre, con la sangre fria que vd. sabe, se aproximó á nosotros, nos despojó de los vesti-



dos, que podian estorbarnos, arregló á toda prisa una balsa; la multitud se arrojó sobre la chalupa; nuestro padre nos ató por los brazos á la balsa, y es-

peró tranquilamente que la crisis se decidiera.

Hasta los primeros rayos del sol del dia venidero, la nave cuya quilla se en-

contraba, según decían, enteramente rota, quedó sostenida por las peñas en medio de las cuales se había atascado; pero al asomar el día, las olas que no cesaban de azotar la embarcación, la arrancaron de este abrigo, y el agua entró por todas partes. Entonces mi padre, mandó que dirigiésemos nuestras plegarias al Altísimo, lanzó la balsa sobre la cual estábamos precipitándose en ella casi al mismo tiempo. Referir á vd. lo que experimentamos entonces, Samuel, es empresa superior á nuestras fuerzas... Por largo tiempo estuvo nuestra débil embarcación, siendo el juguete de las olas que á cada momento nos cubrían... Sin embargo, el mar fué poco á poco debilitando su violencia, y mi padre que hasta entonces se había limitado á sostenernos encima de la balsa, se puso á hacer algunos esfuerzos, para dirigirnos hácia la costa que solo estaría á una media legua de distancia del lugar donde nos hallábamos. Sus esfuerzos confirmaron sus esperanzas, pues un cuarto de hora después, nuestra balsa se detuvo sobre la arena, mi padre nos desató; y pudimos con libertad adelantarnos hácia una roca que nos ofrecía un asilo.

Entonces escuchamos gritos confusos y lamentos; volvimos la cara, y vimos á distancia de unos doscientos pasos, á nuestra antigua aya, que abrazada á un pedazo de mástil, nos había apercibido, y llamaba á mi padre en su socorro.

—Milord, exclamaba, no me dejes perecer; en nombre del cielo, tened misericordia de mí: después de Dios, en nadie confío mas que en vd.

Mi padre, no pudo oír sin conmoverse, esta voz lamentable, y resolvió salvar á místriss Scott. En vano le suplicamos que no se espusiera á nuevos peligros, pero nos respondió que sería un cobarde, si dejaba fenecer á aquella muger infortunada, que indudablemente se estrellaría contra la roca, por no saber dirigir el mástil, con el cual se había arrojado al mar. No tardó mucho en llegar nadando á donde estaba místriss Scott... Esta soltó el mástil, y se afianzó á mi padre... Un instante no mas los vimos sobre las olas... Des-

pues desaparecieron... Y quedamos por fin allí tres pobres huérfanos sin abrigo, sin socorro sobre la desnuda roca donde nos había arrojado la tempestad.

(Se continuará.)

EMBRIAGUEZ. ¿Para quién están reservadas la pobreza, las disputas, los lamentos, y las heridas sin motivo? ¿Para quién están guardadas la irritación y turbación de la vista? ¿No es por ventura para los que pasan el tiempo bebiendo vino, y que van á donde se bebe mas? No mires el vino cuando está encarnado y que su color brilla en el vaso: entra con suavidad, pero luego pica como una vívora, y derrama su veneno como un basilisco.

Salomon.

ENTENDIMIENTO. Uno que tenga talento puede ser necio, pero no uno que tenga entendimiento.

Roche foucauld.

¿En qué consiste que un cojo no nos incomoda, y que un entendimiento cojo nos irrita? En que el cojo conoce que nosotros andamos derechos, y el entendimiento cojo pretende que nosotros somos los que cojeamos; si no fuera por esto le compadeceríamos sin incomodarnos.

Pascal.

Los que fallan sobre una obra por reglas, son respecto á los demas, lo que los que tienen un reloj son respecto á los que no le tienen. El uno dice: hace dos horas que estamos aquí; y el otro: no hace mas que tres cuartos de hora. Saco mi reloj y digo al primero: os fastidiáis; y al segundo: pronto se os pasa el tiempo, pues hace hora y media; y me burlo de los que me dicen que el tiempo me dura, y que juzgo caprichosamente: no saben que fallo con arreglo á mi reloj.

Idem.

Disfruta lo que posees, espera lo que no tienes.

Levis.

ESTUDIOS RECREATIVOS.



EL PERRO Y LA PANDERETA.

I.

EL TESTAMENTO.

A distancia de unas cinco leguas de Oviedo, hay un pueblecito llamado Belmonte, que tiene de poblacion unos 1,200 habitantes; cerca de este pueblecito de Asturias habia en cierta época una pobre cabaña habitada por un pastor, que habiendo servido a su patria en clase de soldado y obtenido su retiro por haber quedado inútil en la campaña, volvió al suelo que le viera nacer, se casó y egercitó la labranza. De esta muger tuvo un hijo, pero apenas contaba este tres años, cuando quedó huérfano de madre. Este golpe fatal para el veterano, y los achaques que frecuentemente experimentaba á causa de sus anteriores padecimientos en la guerra, quebrantaron su salud de tal modo, que envejeció antes de tiempo, y no pudiendo trabajar en el cultivo de la tierra, y viéndose precisado á mantener al hijo que Dios le habia concedido, se dedicó á guardar ganado, en cuyo pacífico empleo vió transcurrir el tiempo en la cabaña que poco antes hemos indicado. Nueve años tendria el pequeño asturiano, cuando su padre se vió acometido de una aguda enfermedad, la cual le obligó á recogerse en su mísera cama, y en ella desgraciadamente sintió llegar el momento en que el Supremo Hacedor iba á cortar el hilo de su existencia. Afligida su alma con tan triste presentimiento llamó á su hijo una mañana, y cogiéndole de la mano, con voz temblorosa y grave le dijo estas palabras:

—Hijo mio: tengo cincuenta y cinco

años; edad precisamente en la que el hombre debe encontrarse mas feliz que nunca, pues es cuando está destinado á saborear tranquilamente el fruto recogido durante el periodo de su agitada y tormentosa juventud. Pero yo, en vez de disfrutar de este saludable beneficio, esperimento las consecuencias de una guerra prolongada, porque fui en busca de bienes, donde no se hallan mas que desengaños, y solo llevo al sepulcro mi licencia absoluta por haber dado mi pierna derecha de carne y hueso en cambio de una de palo. Te refiero esto, para que lejos de seguir las huellas de tu padre, ensordezcas al amor de la patria, que semejante al cocodrilo te llama llorando para devorarte despues; esta comparacion creo que te hará comprender el fin que le está reservado á todo aquel que sin miras ambiciosas presta su apoyo á la patria.

El moribundo hizo una breve pausa, y viendo que el niño lloraba, le enjugó sus lágrimas y prosiguió despues de haberle consolado:

—Te nombro heredero de todos mis bienes, que son; la pobre cama en que muy pronto espirará tu padre, tres ó cuatro utensilios de cocina, el nudoso palo en que me apoyaba, ocho cuartos, último caudal que conservo envuelto en un papel debajo de mi almohada, esa pandereta que ves colgada, con la cual festejé mi casamiento con tu difunta madre, y por último, te dejo el perro, si, al pobre Cascabél, que echado á los pies de mi cama, me mira tristemente, como anunciando el próximo fin de su amo. Solo quedas en el mundo; así lo ha dispuesto el cielo, y aunque con pesar lo veo, no me es dado oponerme á los decretos del Altísimo.... ¡cúmplase su santa voluntad!—Ahora, póstrate de rodillas y recibe la bendicion de tu moribundo padre.

El niño se postró llorando; el licenciado se incorporó cuanto pudo y con su descarnada mano bendijo al heredero; en seguida tornó á reclinarse y comenzó á rezar.

A la caída de la tarde vino el médico de Belmonte, y cogiendo el pulso del enfermo advirtió la proximidad de la pérdida de su existencia, por lo que no se detuvo en disponer que le suministraran los últimos auxilios espirituales....

A las ocho de la noche, el jóven asturiano se encontraba huérfano de padre y madre....

A las diez de la mañana del siguiente día, rezaba llorando sobre su tumba, al lado de Cascabél que entristecido ahullaba del modo mas desconsolador.

II.

EL HUESO DE MELOCOTON.

—¡Sin padres! ¡solo en el mundo! ¿Qué será de mí? decía el pobrecito asturiano hincado de rodillas sobre la tumba de su padre con sus manecitas cruzadas y mirando al cielo.

Habia en Belmonte un tal don Bartolo Crespin, hombre de unos sesenta y cinco años, raro y extravagante, pero muy rico, que habiendo pasado á la corte en su niñez, fué, mandadero, despues lacayo, luego ayuda de cámara de un ministro, al poco tiempo dependiente de una casa de comercio, y por último banquero; pero no habiendo experimentado ninguna quiebra, y hallándose poseedor de inmensas riquezas, se apartó del bullicio de la corte, y volvió al pueblo de su nacimiento que era Belmonte, con el objeto de acabar sus dias gastando su dinero en sana paz. La parte exterior de este sugeto, armonizaba con su carácter singular. Era de una estatura algo mas que mediana, de carnes regulares, de facciones bastas y muy pronunciadas, y adornaba su cabeza una larga cabellera de pelos lacios y entrecanos. Vestia comunmente frac bastante holgado, chaleco blanco, pantalon sin travillas, y todo esto lo cubria con una especie

de leviton ceniciento, que llegaba su rareza á punto de no abandonarle ni en invierno ni en verano. Por lo general paseaba despacio, y advirtiéndose en su fisonomía cierto aire de prolija indagacion: era cortés y afable con el vecindario, al cual saludaba con frecuencia quitándose de su cabeza su sombrero de baja copa y anchas alas, que jamás abandonó; es decir, esta hechura de sombrero fué siempre la que le agradó. Este individuo que acabamos de pintar, como quiera que se estuviese paseando por las cercanias de la cabaña del asturiano, observó a cierta distancia la posicion del afligido niño, y deseoso de indagar el motivo, acabó de masticar un melocoton que iba engullendo, y con el hueso en la boca se aproximó al rapáz.

—¿Qué haces? ¿A quién rezas, muchacho? le preguntó.

—A mi padre, que murió ayer tarde y está enterrado aqui, respondí el niño volviendo la cara al que preguntaba, y dejando ver en sus megillas dos gruesas lágrimas, como dos relucientes perlas.

Don Bartolo siguió preguntando, y el asturiano refiriendo cándidamente lo que le habia pasado, cuya narracion tan sencilla como interesante, conmovió el alma del banquero y dijo al niño:

—Tu historia ha hecho que compadezca tu situacion. Yo tengo muchos bienes, puedo hacerte dichoso, pero no quiero que lo seas sin que antes conozcas el mundo.

Y sacado de su boca el hueso de melocoton que chupaba, prosiguió:

—Toma este simbolo de tu futura riqueza.

—¡Cómo! dijo el niño asombrado y tomando el hueso.

—Sí; tú no sabes lo que encierra ese hueso de melocoton.... haz todo lo que te vaya diciendo.

—Mande vd., señor don Bartolo.

—Toma mi palo y abre en medio de la tumba de tu padre un profundo agujero.

El niño empezó á cavar con el palo hasta que vió una grande profundidad.

—Ya está, señor.

—Bien; ahora coloca el hueso den-

tro, y cúbrele cuidadosamente con la tierra que has sacado.

El asturiano obedeció.

—Ahora, continuó don Bartolo, da- me el baston, toma estos veinte reales: de los bienes que te ha dejado tu padre, lleva contigo solamente el perro y la pandereta: recorre el mundo; pro-



cura aprender á leer, escribir y contar, y si puedes estudiar, estudia, y dentro de veinte años, tal dia como hoy y á la misma hora, llega á este sitio, y el hueso de melocoton que acabas de sembrar se habrá convertido en un arbusto copuiento; escavarás á su pie sin que nadie te vea, y despues de algunos momentos te encontrarás un tesoro: darás gracias al Señor por el hallazgo, rezarás un padre nuestro por el alma de tu padre, y otro por la mia, por-

que yo tambien habré fallecido ya.
—¿Y quién me dará esas riquezas, señor?

—El hueso de melocoton hijo mio.

III.

LAZARILLO.

Al cabo de algunos dias partió nuestro jóven asturiano de la cabaña, no sin haber dado el postrimer adios á la

tumba de su padre, y poniendo su confianza en Dios, tomó el camino que conducía á Madrid, llevando debajo del brazo la pandereta y precedido de su amigo Cascabél. Se encontraba ya distante de la cabaña como unas dos leguas y tuvo hambre, y viendo sentado al pie de un ruinoso paredon á un ciego, deseoso de hablar con alguien, marchó en su busca para tener con él un rato de amable sociedad.

—Hola hermano, le dijo quitando de sus espaldas el morral. ¿Se toma el sol?

—Sí, hijo mio, repuso el ciego: aquí estoy lamentando una grande pérdida.

—¿Qué le pasa á vd?

—¿Qué ha de pasarme? que en este momento acaba de abandonarme mi lazarrillo, robándome los pocos cuartos que recogí en la villa de Avilés, y la funda de mi violín.

—Poca caridad ha tenido el bribonazo.

—Muy poca, hijo mio, muy poca: eso para un pobre ciego es desesperante, porque ademas de no tener que comer, carezco de un guía que me lleve hasta Madrid.

—Vaya hermano, no se desespere vd. por eso. En cuanto á comer, puedo darle la mitad de mi racion, y ademas le guiaré hasta llegar á la córte, porque yo tambien voy á ella.

El ciego alborozado tomó el arco y el violín, y poniéndose de rodillas exclamó:

—Deja, hijo mio, que dé gracias á la Providencia porque me ha presentado un ángel, deja que entone esta cancion.

Y al par que hacia sonar su ronca y cascada viola, cantaba lo siguiente:

Bendita tu providencia,
oh mi Dios Omnipotente,
que socorre al indigente,
por mano de la inocencia.

El jóven asturiano, alegremente sobresaltado con el sonido del violín, comenzó á tocar la pandereta, y el ciego no pudo menos que manifestar su nuevo regocijo por tan favorable incidente.

—¡Oh! somos felices, exclamó des-

pues batiendo las palmas. Ya he encontrado lo que deseaba. Tú con tu pandereta, y yo con mi violín, podemos hacer mucho dinero.

Pasado algun tiempo, el jóven asturiano sacó de su morral el pan y la carne fiambre que llevaba, dió la mitad al músico aventurero, y la otra mitad la compartió con su querido Cascabél.

—¡Hola! ¿Traes un perro? dijo el ciego cuando se enteró de ello.

—Si señor; y se llama Cascabél, y me lo ha dado mi padre por herencia.

—¡Oh! ya verás que famoso partido sacamos de la herencia de tu padre.

Con efecto, el ciego y el asturiano se hicieron compañeros inseparables; el primero tocaba el violín, el segundo se habia puesto diestro en el manejo de la pandereta, Cascabél aprendió á bailar de pie al son de los instrumentos, y con este género de industria, recorrieron pueblos, villas y ciudades, hasta llegar á Madrid. El dinero que se recogía era compartido religiosamente, mas este método de vida, no fué muy duradero, porque el pobre asturiano se quedó sin su Cascabél, á quien dieron muerte unos arrieros en una posada por haber hurtado unas cuantas fajadas de merluza frita: el pellejo de la pandereta le rompió un día el mismo ciego de un pisoton que la dió sin querer, y el músico aventurero se fué con la música á otra parte, acompañado de otro lazarrillo que le ofreció mas garantías.

IV.

MONACILLO.

▲ los pocos instantes de haberse despedido el ciego, quiso el asturiano contar los fondos que habia reunido con su pandereta y su perro Cascabél; pero cual fué su sorpresa al encontrarse el morral sin la bolsa donde guardaba su dinero. El ciego le habia robado la noche anterior á su partida. Ya no queda al jóven asturiano mas recurso que ponerse á mendigar. Poseido de este pensamiento recorre las calles de Madrid; pero al pasar por la del Caballero de Gracia, advierte en la iglesia del mismo

nombre, que se celebraba una magnífica función: ve muchos pobres á la puerta sentados y en ademán de pedir, él tambien se sienta, estiendo la palma de su mano, y dice de vez en cuando.

—Quién socorre á un niño de nueve años que se ha quedado sin padres, sin pandereta y sin su perro, y no lo puede ganar.

Este extraordinario modo de pedir, llamó la atención de muchos, á los cuales refería su historia, y los mas le socorrian con profusion. Como frecuentó la puerta de la iglesia, al cabo de algunos dias se hizo amigo de uno de los monacillos, á los que ayudaba á cerrar las verjas cuando llegaba la noche, y con los cuales jugaba en las horas determinadas de ocio. Habiendo simpatizado con el sacristán, este le hizo monacillo y le dió un sitio donde recogerse por las noches en un rincón de la sacristía: todas las mañanas barría la iglesia, quitaba el polvo á los altares, y ayudaba las primeras misas. Uno de los devotos que era de los mas asistentes á este templo, habiendo conocido su natural despejo, y sus vehementes deseos por aprender, le puso en una escuela gratuita, y al cabo de algunos meses se notaron con asombro sus prodigiosos adelantos, pero en lo que mas se distinguía, y á lo que demostraba particular atención, era á la aritmética.

Tendría el niño unos once años, cuando tuvo la desgracia de caer enfermo con sarampión, y no hallando personas que con paternal cuidado aliviaran sus dolencias, no tuvo mas remedio que dirigirse á un hospital, donde le asistieron como á los demas enfermos: á los veinte y ocho dias de haber caído malo, experimentaba la convalecencia; ocho dias despues se encontraba enteramente sano. Su primer diligencia al salir del hospital, fué encaminarse á la iglesia del Caballero de Gracia, manifestar su resentimiento á sus camaradas, porque ni siquiera se habian dignado hacerle una visita; pero le esperaba otro golpe mas funesto todavía: su plaza de monacillo estaba desempeñándose por otro, que aunque entró en clase de interino, á las reiteradas súplicas de una beata logró la propiedad.

Hétenos aquí al pobrecito asturiano andando por esas calles en busca de una honrosa ocupacion. Determinó ponerse á servir; pero donde quiera que se presentaba, tan flaco, tan pálido y derrotado, veía la repugnancia con que le recibian, y no encontrando medio con que conquistar su perdida robustez, se afligia; pero poniendo su confianza en Dios, y esperando que no le abandonaria, logró tranquilizar su espíritu.

V.

PINTOR DE BROCHA GORDA.

Preocupado con tan tristes reflexiones, caminaba el afligido asturiano, cuando acertó á pasar por una calle donde existía un taller de pintor de brocha gorda. Paróse frente á este establecimiento, atraído por la animacion que en él se advertía: los oficiales cantaban juntos á una voz, al mismo tiempo que trabajaban, y los aprendices formaban parte del coro, haciendo la voz de tiple al par que molían pintura. Uno de los oficiales, sin duda de mala intención, al verle con la boca abierta y en aquel ademán de extraordinaria contemplacion, sumergió la brocha en el puchero donde estaba desleído el polvo de la pintura, y volviéndole á sacar, le sacudió de improviso contra el rostro del niño, que al verse tan pintado y al mirar tan manchada su ropa, no pudo menos de quejarse al maestro, contra su agresor. El maestro que era hombre razonable, y por consiguiente enemigo de este género de chanzas, despidió al oficial, y preguntando al injuriado rapazuelo, si queria aprender el oficio, y este habiéndole contestado que sí, formó desde luego parte de los numerosos trabajadores que contenia el mencionado establecimiento. La esposa del artesano acogió tambien bajo su proteccion al nuevo aprendiz, de suerte, que al mismo tiempo que aprendía á manejar la brocha, encontraba un asilo en aquella casa, la cual le proporcionaba la manutencion y el vestido; el asturiano manifestó á los pocos meses, sus grandes deseos de fi-

nalizar su interrumpido estudio en la instruccion primaria, y el maestro aplaudiendo sus buenos deseos, le concedió las horas que necesitaba para dedicarse á este género de trabajo. Despues deseó aprender la gramática latina, y tuvo igual concesion, asistiendo en clase de alumno, al colegio gratuito de Santo Tomás; pero como principalmente llamaba su atencion el dibujo, y el estudio de las matemáticas, se hizo amigo de un jóven que seguia la carrera de arquitecto, y en el poco tiempo que recibió sus amistosas lecciones, llegó á igualarle; por consiguiente, cuando nuestro asturiano contaba solo poco mas de trece años, era recomendable por su grande aprovechamiento y aplicacion.

Una mañana le llamó su maestro, y le dijo:

—Coge las brochas y la pintura azul celeste, y vete á casa de don Raimundo, que tienes que pintarle todas las puertas vidrieras de sus balcones.

El jornalero, que ya habia cesado de ser aprendiz, obedeció á su maestro, y á los pocos instantes se hallaba en el domicilio del referido sugeto. Pintando estaba las puertas del balcon de un gabinete, cuando observó en esta misma habitacion á una jóven de unos diez años, rubia y hermosa como un ángel, sentada en un sillón y al lado de un elegante velador, sumamente abstraída, con la pluma en la mano y la vista inclinada sobre el papel, y revelando en su fisonomía cierto aire de disgusto, como aquel que no puede comprender alguna cosa, á pesar de sus vehementes deseos. El asturiano la observaba, y de tal modo simpatizó con la jóven, que hubiera sido su mayor contento, que esta hubiese reclamado su cooperacion en aquella empresa al parecer tan difícil. Habria trascurrido como un cuarto de hora, cuando apareció don Raimundo, que era el padre de la niña, en el gabinete.

—¿Qué es eso? le dijo: ¿No puedes resolver el problema?

—No padre mio, es muy difícil, contestó la apurada jóven; ya he llenado de números una porcion de cuartillas de papel y no he logrado mi deseo.

—¡Ah! pues es muy fácil de resolver ese problema, si dentro de diez minutos no le has resuelto, en castigo no irás con tus amigas esta tarde al Retiro.

Ausentóse don Raimundo, y la niña quedó mirando el papel con la mas triste contemplacion. El pintor no hacia mas que mirar á la hija de don Raimundo, y manejaba la brocha maquinalmente, y lleno de timidez se decia:

—Si yo no fuera tan corto de genio, acaso brindándome la sacaria del apuro; pero ella es tan rica, yo estoy tan sucio... Pero, no, suceda lo que quiera no es justo que se prive de pasear con sus amigas esta tarde, cuando estoy yo aqui.

Y con extraordinaria resolucion se acercó á la jóven; pero al dirigirla la palabra se puso encarnado y habló lo siguiente con timidez:

—Señorita... yo sé alguna cosa de cuentas... tengo mucha aficion á esa... si yo pudiera...

—Si, respondió la niña dándole la pluma; haga vd. la solucion de este problema.

Animado el asturiano con esta inesperada concesion, tomó la pluma, y en menos de cuatro minutos dejó satisfechos los deseos de la niña. Esta llamó á su padre, y le presentó el problema apropiándose la solucion, pero don Raimundo conoció por la forma que aquellos números no eran los que su hija acostumbraba hacer.

—¿Quién ha resuelto este problema? la verdad.

La niña comenzó á temblar y respondió.

—No quiero mentirte papá, ese jóven que está pintando las puertas vidrieras del balcon.

—¡Hola! prosiguió don Raimundo dirigiéndose al pintor. Pues has de saber hija mia, que el problema que te he presentado es uno de los de mas difícilosa solucion.

El asturiano, miraba ruborizado de hito en hito á su grave interlocutor.

—¿Tienes aficion á esta ciencia? le preguntó.

—Mucha; repuso el pintor.

—¿Qué profesion es la que mas te gusta?

La de arquitecto.
Te prometo desde ahora que lo serás.

VI.

EL ARBOL DE SALVACION.

Don Raimundo arrancó de su taller al jóven, le llevó á su casa, le vistió con decencia y elegancia, y le puso bajo la direcion de aventajados profesores de dibujo y arquitectura. Cuando tenia diez y ocho años de edad se examinó, y hétenos aquí á nuestro aventurero, ejerciendo su anhelada profesion, y dando gracias, y colmando de bendiciones á su benéfico protector. Pero mientras mas tiempo pasaba, mas interesante se iba presentando á sus ojos la hija de don Raimundo, la que tampoco dejaba de mirar al protegido con menos afabilidad y ternura.

Un dia, aprovechándose aquel de la ausencia de don Raimundo, se presentó á la simpática jóven que habia crecido en años y en hermosura, y poseido del mas amoroso enardecimiento la reveló las afecciones que hasta entonces habia guardado en su comprimido corazon. La dijo que la amaba, y que nada en el mundo le haria tan dichoso como poseer su blanca mano. La hija de don Raimundo, que aun cuando habia comprendido con anterioridad la inclinacion del protegido, no esperaba tan pronto esta sentimental y apasionada declaracion, quedó sorprendida, y por espacio de algun tiempo enmudeció ignorando lo que contestaría, mas últimamente rompió el silencio para decirle.

—Bien, hable vd. á mi papá.

—Pero vd. me ama.

—Vd. lo sabrá por mi padre.

Le amaba, pero su cortedad la impedía hacer esta revelacion; y el jóven arquitecto casi seguro de la correspondencia, y deseoso de escuchar de sus labios esta respuesta consoladora, se arrodilló á sus plantas, mas á este tiempo entró don Raimundo y no pudo menos que quedar estupefacto al presenciar una escena tan tierna cuanto inesperada: la jóven huyó, y el arrodillado se puso de pie y empezó á contemplar

amedrentado el imponente semblante de su protector.

—¿Me explicará vd. esta escena de teatro que acabo de presenciar? preguntó el severo don Raimundo.

—Yo amo á su hija de vd. y acabo en este instante de declarar mi pasion.

—¿Vd. no recuerda; prosiguió don Raimundo, que me ha referido su historia?

—¿Que me quiere vd. decir con eso?

—Quiero decir á vd. con esto que el hombre que ha nacido en una pobre cabaña, y á ganado el sustento con un perro y una pandereta, debe ser mas humilde al hacer semejante declaracion, era preciso que antes hubiera consultado con el padre de la muger de que vd. se ha enamorado.

—Señor don Raimundo, yo no tengo la culpa en haber nacido en una cabaña: por lo demas soy un hombre de bien y el titulo de mi nobleza le llevo grabado en mi corazon.

—No he querido humillar á vd., al hacerle mi justa reconvencion; he querido manifestarle su imprudencia en dar semejante paso sin consultarme primero. He dado á vd. una carrera, pero jamás le daré mi hija sin que antes no se haya vd. hecho digno de su mano, trabajando con laboriosidad; si vd. se casase con mi hija no contando con otros bienes que con los que actualmente posee, pensaria con razon que mas bien que la mano de la pretendida buscaba vd. su dote. Hoy mismo saldrá vd. de mi casa, y cuando yo esté satisfecho de su anhelo por el trabajo, y cuando cuente vd. con el dinero suficiente para hacerla dichosa, yo seré el primero en consentir en este enlace, dado caso que ella sea gustosa. Conque márchese vd. de mi casa en este momento.

—¿Señor...!

—No hay que replicarme.

El jóven arquitecto bajó la cabeza, saludó á su protector, y se ausentó de la sala diciendo:

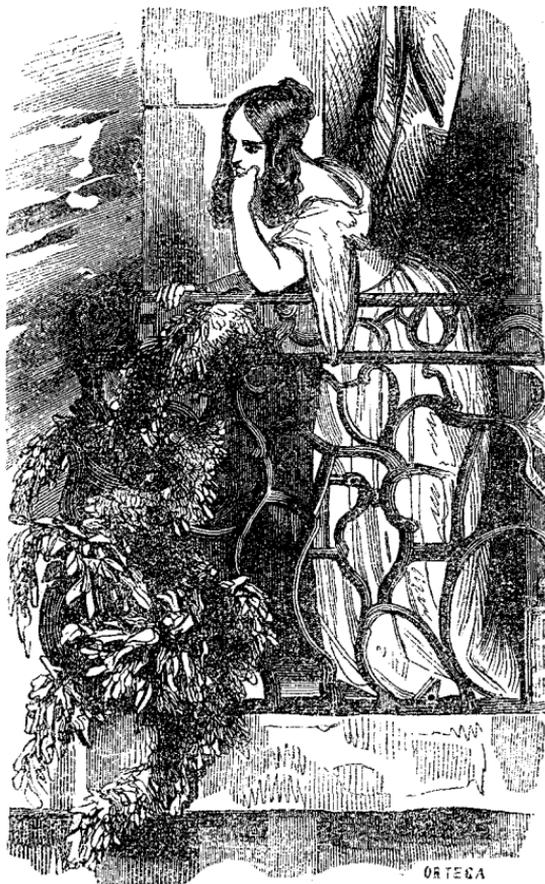
—Procuraré hacerme digno de su hija de vd.

En seguida pasó á su habitacion, cogió el sombrero, y se dispuso á par-

tir, mas una criada se le interpuso entregándole un papel, el que abriéndole inmediatamente leyó estas cuatro palabras.

«Mi mano queda reservada para vd; «he escuchado cuanto han hablado mi «padre y vd.»

Aquí firmaba la hija de don Raimundo. El despedido jóven estampó sus labios en estas cortas líneas y salió de la casa de su protector ambicioso de fortuna. La jóven se asomó al balcon para verle salir; mas el asturiano preocupado con sus pensamientos de ambi-



cion y cabilando en su porvenir, solo al llegar al término de la calle quiso dirigir la última mirada en señal de despedida á la casa que le prestó asilo y educacion, á la mansion que le inspiró sus primeros amores nobles, puros, y desinteresados. Al ver á su lejana futura le hizo un saludo enérgico y signi-

ficativo y desapareció á los ojos de la hija de don Raimundo.

Para llevar á cabo su nuevo plan de vida nuestro jóven arquitecto, se provuyó de algunas cartas de recomendacion y se dirigió á Andalucia; llegó á Sevilla y á consecuencia de poderosos influjos y de la favorable recomendacion de

su bello carácter, logró ser nombrado arquitecto del ayuntamiento; el sueldo que disfrutaba no era el suficiente para enriquecerse, de modo que escribía á su futura, que aun tardaría el momento de tan apetecida union: esta le contestaba siempre animándole, y de este modo vió trascurrir el tiempo en medio de tan lisonjera esperanza; pero pocos dias antes de cumplir los veinte y nueve años, se acordó que tenia que buscar un tesoro al pie de un árbol y en la tumba de su padre, y se puso en camino para Asturias. Llegó á Belmonte, preguntó por don Bartolo y le digeron que habia fallecido, y que no le encontraron las riquezas que pensaban, sino una suma bastante reducida, la cual mandaba distribuir entre los pobres del pueblo.

Pocas horas antes de que se cumplieran los veinte años, se encaminó á la llanura donde estaba situada la cabaña que le vió nacer, y no halló mas que un monton de escombros acinados: mas desde allí, dirigió su vista á la estensa pradera y vió sobre la tumba de su padre un árbol corpulento y cubierto de abundantes hojas: aproximose á él; observó que nadie pasaba, y se puso á cavar la tierra, y á cierta profundidad halló una cajita de cobre que abrió al momento con una llavecita que estaba pendiente de la cerradura; pero cuál seria su sorpresa al encontrar que esta cajita era el misterioso depósito del testamento de don Bartolo legalizado en debida forma, y cuyas cláusulas eran nombrarle esclusivo heredero de todos sus bienes. A esta última disposicion acompañaba un papel manuscrito en el cual se leia.

«Profundiza mas la tierra y encontrarás otra caja mayor que la que tienes en tu mano, la que encierra cincuenta mil duros en monedas de oro. Procura ser hombre de bien, y de rogar á Dios por la salvacion de mi alma.

BARTOLO CRESPIN.

El heredero, antes de poner en práctica la escavacion quiso hacer patente su legitimo derecho; con este fin se presentó á la justicia de Belmonte, manifestó lo que sucedia, y en presen-

cia de un juez y de un escribano, sacó el tesoro que encerraba en su seno la tierra que prestó el último asilo á su difunto padre. Agradecido despues á la accion de don Bartolo, dispuso que se hicieran en la iglesia principal del pueblo solemnes exequias por el descanso de su alma, y como era de esperar tampoco se olvidó de su desgraciado padre. Seguidamente partió para la corte acompañado de la herencia y deseoso de ponerla á los pies de la que tanto amaba, fácil es comprender cuál seria la rapidéz de su viage, en vista del alborozo que experimentarí su alma al contemplar que al fin de tantas alternativas iba á satisfacer su noble ambicion.

VII.

CONCLUSION.

Era una hermosa mañana del mes de abril y en la que la hija de don Raimundo, luego que dió su leccion de piano y que se despidió de su padre, porque este se ausentaba aunque por cortos instantes para trabajar en sus asuntos, pasó á su gabinete sitio destinado á la contemplacion; lugar reservado á los inocentes desahogos de un corazon que tristemente pensaba en un porvenir, que ya conceptuaba ilusorio, sí, porque hacia mucho tiempo que no recibia una carta del hombre que tanto amaba.

—¿Me habrá olvidado? Se preguntaba llena de amarga tristeza. ¿Habrá engendrado en su alma esta prolongada ausencia el desprecio hácia la muger que tan desinteresadamente prometió que le amaría?... ¡Oh! no puede ser, imposible.... Aunque nacido en una humilde cabaña, su corazon es noble... Pero ¿y este silencio?

Y en esta incertidumbre tomó asiento en una silla inmediata á una mesita donde habia colocado un pupitre y sobre este un papel para escribir de nuevo al ausente, de quien ninguna noticia tenia; mas antes de poner por obra este trabajo, miró al través de los paa bellones que formaba el cortinaje del gabinete, y un lejano recuerdo conno-

vió nuevamente su sensible corazón.
—Allí, decía mirando al balcón, le vi pintando las puertas vidrieras, cuando con tanta candidez, vino á ofrecer-

me su ayuda, para la solución de mi difícil problema.

A este tiempo un jóven elegantemente vestido, y con el sombrero en la ma-



no, apareció por entre las cortinas de seda de la puerta que daba salida á la sala principal, y allí permaneció largo rato observando la posición de su futura, y al ver el papel que estaba colocado sobre el pupitre, comprendió que tal vez en aquel instante, su imaginación se ocupaba de él.

—¡Que feliz soy! dijo en silencio.

La reflexiva joven, lanzó á este tiempo un profundo suspiro y exclamó:

—¡Si me habrá olvidado, Dios mío!

—No, repuso el asturiano, arrojándose á sus plantas: constante viene á ofrecer á vd. su mano y sus riquezas.

Sorprendida la hija de don Raimun-

do, se levantó y despues... ¿Pero á qué detenernos? Vino don Raimundo, y enterado de la historia y seguro de esta pura y mutua correspondencia, dotó á su hija, y la dió por esposa á tan honrado aspirante. Este dichoso enlace, no ha mucho que se ha verificado; diremos en conclusion, que hoy la opinión pública reputa á este venturoso jóven, por uno de los mejores arquitectos de España; falta saber su nombre, el cual hasta ahora no hemos querido revelar, se llama don Lázaro Millances, y doña Teodora del Pino, la amable compañera de su vida.

I. A. BERMEJO.

HOMBRES CELEBRES.

EL DUENDE DEL TALLER,

○ EL MULATO DE MURILLO. (1)

En una apacible mañana de abril del año de 1636 se dirigian presurosos algunos jóvenes por diferentes calles de la populosa Sevilla hacia la casa del célebre Bartolomé Esteban Murillo: reunidos casi al mismo tiempo en el portal se saludaron amistosamente Fernandez, Isturiz, Marquez y Gonzalez, y subiendo alegremente la espaciosa escalera entraron en el estudio del pintor. No estaba éste todavía, y los discípulos se aproximaron á sus respectivos caballetes para reconocer el trabajo del día anterior, ver si se habia rechapado el color, ó enmendar algun defecto.

Por vida de... exclamó Isturiz al

(1) Bartolomé Esteban Murillo, nació en Sevilla, el lunes 4 de enero de 1618, como consta de la fé de bautismo firmada por el licenciado Francisco de Hredia, cura párroco de la iglesia de la Magdalena de dicha ciudad. Queriendo su padre Gaspar Esteban, aprovechar las felices disposiciones é inclinación á la pintura que manifestó desde su niñez, le dió por maestro á su tío Juan del Castillo, en cuya escuela aprendió y se perfeccionó en el dibujo.

Veinte y cuatro años contaba Bartolomé cuando determinó hacer un viaje á Londres con el único objeto de estudiar junto á Van-Dick, y lo hubiera puesto en ejecución á no haber tenido noticia del fallecimiento de aquel profesor.

Frustrados sus proyectos y deseoso de adelantarse, pintó muchos lienzos con cuyo producto pasó á Madrid. El gran Velazquez le favoreció como paisano, y le facilitó copiar por espacio de dos años las mejores obras del Ticiano, Rubens, Van-Dick, Ribera, y aun las suyas propias, haciendo en tan corto espacio de tiempo progresos tan admirables como sorprendentes.

Vuelto á su patria en 1645, pintó varios cuadros, en especial los del claustro chico del convento de San Francisco, que fueron la admiración de los sevillanos y de todos los inteligentes. Estas obras le dieron mucha reputación, le facilitaron otras, y le sacaron de la indigencia en que hasta entonces habia vivido.

descubrir su lienzo ¿quién de vosotros quedó aqui ayer el último?

—¿Estas durmiendo todavía? contestaron á la vez Marquez y Gonzalez, ¿no te acuerdas que salimos todos juntos?

—Vaya que es linda gracia continuó enojado el primero, ayer dejé mi paleta limpia como el oro, y ahora me la encuentro sucia como si el diablo hubiese estado pintando toda la noche....

— Calla, calla, gritó Marquez, mirad que figurilla hay pintada en una esquina de mi cuadro, y á fe mia que está bien plantada! Hemos de averiguar quien es el que se entretiene en pintar esos borroncillos que encontramos todas las mañanas en nuestros lienzos, y aun en las paredes.

—No es otro que Isturiz, dijo Fernandez, su misma paleta le acusa.

En 1648 casó con doña Beatriz de Cabrera Sotomayor, natural de la villa de Pilas, de cuyo matrimonio tuvo dos hijos, don Gaspar, que fué canónigo de la catedral de Sevilla, y don José que hubiera llegado á ser tambien excelente pintor á no haber auerto muy joven en un viaje que hizo á América.

Llamado Murillo á Cádiz para pintar el gran cuadro del altar mayor de los capuchinos de aquella ciudad, recibió un golpe contra uno de los andamios resultándole tan grave dolencia que le obligó á regresar á Sevilla, y de sus results murió á los sesenta y cuatro años de edad, en 3 de abril de 1682, y está sepultado en una capilla de la parroquia de Santa Cruz de dicha ciudad.

Las obras que legó á la posteridad este eminente artista son muchas, y en todas ellas se admira un dibujo correcto, colorido brillante y encantador, perfecta imitación de la naturaleza, meditada composición, y profundo conocimiento del corazón humano, de perspectiva y anatomía.

En el Real Palacio, en el Museo de Pinturas del Prado, en la Academia real de San Fernando, y en especial, en su patria Sevilla, existen cuadros suyos que son el encanto de los inteligentes, la admiración de todos, y la envidia de los estrangeros.

Creó el estilo sevillano y de su escuela salieron discípulos aventajadísimos en el arte, entre otros Marquez, Gutierrez y Gomez.

—Os juro que no, compañeros, contestó aquel.

—Bah! no jures, Isturiz, te creemos bajo tu palabra, porque no eres tu capaz de pintar con tanta franqueza y maestría.

—Pero cuando menos no tan mal como tu, que parece que lo haces de intento...

—Mis pinceles están llenos de color, exclamó interrumpiéndoles Gonzalez, por Santiago apóstol juraría que pasan cosas extraordinarias en este taller durante la noche.

—¿A que vés á creer, como el viejo Gomez, que es el Zombo que se aparece? dijo Isturiz.

—Síes él, contestó Gutierrez aproximándose á su obra, valiérale mas ocuparse en delinear la cabeza de mi Virgen del descendimiento, que apesar de mis esfuerzos el pincel se niega á expresar sus divinas facciones tan dulces y aflijidas como las concibe mi idea. Diciendo esto quita el paño que cubria el no concluido cuadro, dá un grito de sorpresa, y queda mudo inmóvil con los brazos cruzados, y con la vista fija en el lienzo.

A esta exclamacion suspenden su tarea todos los jóvenes y acuden á la novedad, quedan pasmados contemplando una bellissima cabeza apenas bosquejada; pero tan llena de gloria y magestad con tintas y contornos tan delicados que hacian singular contraste con las restantes de la composicion.

—¿Qué es eso? preguntó una voz grave y dura que hizo volver de su sorpresa á los espectadores é inclinarse respetuosamente ante la presencia del que la dirigia.

—Vedlo vos mismo, señor Murillo, contestaron todos á la vez, señalando con el dedo el lienzo de Gutierrez.

—¿Quién ha pintado esto? ¿quién ha ideado esta cabeza? dijo Murillo, deídmelo: el que la ha bosquejado podrá algun dia ser maestro de todos nosotros: no me contestais, pues bien, os aseguro que yo mismo desearia haberla pintado: por el ánima de mi padre... ¡qué toques! ¡qué empastado! ¡qué suave degradacion de tintas!.. Gutierrez,

mi discipulo predilecto, habla, la has pintado tú?

—No señor, contestó el jóven ruborizado.

—Segun eso has sido tu, Isturiz, ó vosotros Marquez ó Gonzalez.

—Ninguno de nosotros, señor maestro, contestaron estos.

—Pues lo cierto es, repuso Murillo impacientado, que ella nose ha pintado sola.

—Yo lo creo, dijo Gutierrez el mas jóven de sus discipulos que estaba atemorizado con las figurillas que aparecian pintadas diariamente por todas partes, no es esta la primer cosa sobrenatural que pasa en vuestro estudio; hay algun duende, señor, no lo dudeis!

—Y que desaparece con la luz del dia; ¿no es así? observó Murillo sonriéndose.

—Aunque no soy tan crédulo como Gutierrez, añadió Fernandez, no puedo menos de deciros que de algun tiempo á esta parte suceden aqui cosas al parecer increíbles.

—¿Qué cosas son esas? preguntó Murillo sin cesar de admirar la hermosa cabeza pintada por el pincel desconocido.

—Segun vuestras órdenes, continuó Fernandez, nunca salimos de vuestro estudio sin dejar cada cosa en su sitio, limpias las paletas, lavados los pinceles, y arrimado el caballete á la pared, y sin embargo cuando volvemos por la mañana todo está revuelto, llenas de tinta nuestras paletas, los pinceles empapados en color, y lo mas sorprendente es que encontramos mil borroncillos, y á la verdad bien ejecutados.... vos mismo lo estais viendo señor maestro, y si el que trabaja mejor por la noche que á la luz del dia si no sois vos, es preciso creer, como dice Gonzalez, que es el diablo mismo el autor.

—Yo me alegrara serlo, amigos míos dijo Murillo, y ciertamente no lo negaría.... hay alguna pequeña descorreccion en el dibujo, ¡pero en recompensa que graciac! ¡que espresion! ¡que claro-oscuro!... Sebastian, Sebastian gritó interrumpiéndose, pronto sabremos la verdad: Sebastian, añadió dirigiéndose á un muchacho mulato á lo mas de ca-

torce años que habia acudido á su voz, ¿no te he mandado que durmieses aqui todas las noches?

—Si, mi amo, contestó el muchacho temblando de pies á cabeza.

—Siendo asi, dime pícaro, quién ha entrado aqui esta noche pasada ó esta mañana antes que viniesen estos señores, confiésaló ó verás á que saben mis manos; ¿no respondes? continuó encolerizado Murillo, y tirándole de las orejas.

—¡Nadie, nadie, amo mio!

—Mientes bribonzuelo.

—Ninguno mas que yo, os lo juro, añadió Sebastian sollozando, hincándose de rodillas y estendiendo los brazos hácia su amo en ademan de súplica.

—Pues oye bien lo que te digo, añadió Murillo, quiero saber á toda costa quién ha pintado esa cabeza y las figurillas que aparecen pintadas todas las mañanas; esta noche velarás, y si no descubres al autor, mañana mismo llevarás veinte y cinco latigazos: ¿estás enterado? pues cuenta con ello; ahora marcha á moler colores, y vds. señores, a pintar. Diciendo esto salió del estudio con muestras de impaciencia.

Durante las horas de trabajo reinaba el mayor silencio cuando estaba presente el maestro, por que el sublime Murillo, no permitía que sus discípulos hablasen mas que lo absolutamente indispensable concerniente al arte, pero luego que volvía la espalda se recompensaban con usura, dando suficiente materia aquellos dias para la conversacion, los bosquejitos, y en especial la cabeza de la Virgen: y sobre todo, si se descubria el autor de tales prodigios.

—Pobre de tí, Sebastian, dijo Isturiz, si no descubres esta noche al culpable!.. ahora, traeme un poco de ocre.

—Creo que no lo necesita vd. señor Isturiz, contestó el mulato, vuestro colorido amarillea demasiado.... en cuanto al culpable aseguro á vds. que sin duda es el Zombo....

—Son unos bestias estos negros que creen en su Zombo, dijo Gonzalez soltando la carcajada.

—Es como si dijéramos un duende, pero advertid señor Gonzalez, añadió Sebastian con cierto aire maligno, que

el Zombo ha alargado el brazo izquierdo de vuestro San Juan, tanto que si el derecho lo hace igual, podrá desatar las sandalias sin tener que doblar el cuerpo.

—¿Saben vds. dijo Isturiz echando una mirada al cuadro de Gonzalez, que este muchacho hace unas observaciones muy juiciosas? pero no será extraño que á fuerza de moler colores, haya aprendido á distinguir el verde del encarnado.

—A distinguirles es cierto, pero en cuanto á usarlos es muy diferente, repuso Sebastian con la libertad que le daba su continua permanencia en el taller, y la amistad que le dispensaban los discípulos; por que á la verdad, la inteligencia de este muchacho esclavo era tal, que muchas veces no se desdénaban consultarle sobre el modo de hacer una tinta, ó tono de colorido, y su consejo era siempre exacto y verdadero, asi es que todos le amaban, y la tarde de aquel dia no hubo uno que al tiempo de despedirse, no le digese dándole un golpecito en el hombro: no te duermas Sebastian, atrapa al Zombo, si no.... pobres espaldas tuyas.

.....

Era media noche, y el taller de Murillo tan alegre y animado durante el dia, estaba á aquella hora desierto y silencioso: una sola lámpara colocada sobre una rica mesa de mármol, iluminaba la estancia: un muchacho cuyo color se confundía con las sombras que le cercaban, estaba en pié, apoyado en un caballete no lejos de la mesa: inmóvil como una estatua, cualquier ojo observador hubiera juzgado era un maniquí, tan absorto estaba en profundas meditaciones, que debian ser muy graves, pues aun que la puerta del estudio se abrió con no mucha precaucion, y que le llamó por dos veces el individuo que habia entrado, no contestó ni mudó de postura: fué necesario que le cogiese del brazo el robusto negro que estaba junto á el.

—¿Qué queréis padre mio? preguntó Sebastian volviendo en sí y con melancólico acento.

—Hacerme compañía hijo mio.

—Es inútil que os incomodeis, id á acostaros, querido padre, yo velaré solo.

—¿Y si viene el Zombo?

—No le temo, contestó el muchacho sonriéndose.

—Solo faltaría que tearrebatase para que el pobre negro Gomez quedase privado del único consuelo que le queda en su esclavitud...

—¡Oh! que terrible cosa es ser esclavo, exclamó amargamente Sebastian.

—¡Qué remedio tiene! ¡Dios lo ha querido así! dijo el negro con resignación.

—¡Dios! añadió el hijo elevando los ojos hácia la bóveda del taller cubierta de cristales al través de los cuales se veían brillar las estrellas en el firmamento; ¡Dios decís que lo ha querido! le ruego con tanto fervor, querido padre, que yo confío que algun día escuchará mis súplicas, y nos sacará de esclavitud... pero ahora marchad á descansar... yo voy á hacer otro tanto... es tan tarde... ea, buenas noches querido padre, hasta mañana.

—Pero antes, Sebastian dime la verdad, ¿no temes al Zombo?

—¡El Zombo! es una superstición de nuestro país; Fr. Eugenio nos lo ha dicho mil veces, y que Dios no permite en la naturaleza esos seres fantásticos y sobrenaturales.

—Pues si es así, ¿porqué cuando te preguntan los discípulos de nuestro amo, que quien ha pintado las figurillas que aparecen pintadas en las paredes, les respondes que hasido el Zombo?

—Para divertirme y hacer que se rian... ea, ea, es muy tarde, padre á descansar.

—Buenas noches, dijo Gomez abrazando tiernamente á su hijo, y se retiró en seguida.

Apenas se vió solo Sebastian dió un brinco de alegría: ahora que estoy solo manos á la obra dijo entre sí, y ya se avalanzaba á tomar la paleta, cuando una triste idea acibaró su regocijo.... veinte y cinco latigazos sino digo mañana quien es el pintor, y cincuenta tal vez si me descubro.... ¡Dios mio, inspiradme....! y cayó de rodillas sobre la estera que le servia de lecho. Mas bien pronto un sueño bienhechor se

apoderó de sus sentidos y encontrando su cansado cuerpo un punto de apoyo en la tapizada pared, se quedó profundamente dormido.

Un débil crepúsculo iluminaba apenas la estancia, cuando despertó Sebastian desparovido: otro muchacho de su edad tal vez se hubiera vuelto á dormir, pero el diligente mulato que sabe que tiene tres únicas horas á su disposición, tres horas libres, se pone en pie, estrega los ojos medio abiertos, estira los miembros, y exclama: fuera pereza: tres horas son mias, las restantes de mi amo; por de pronto debo borrar estos rasguños; y diciendo y haciendo, toma aceite con un pincel y los hace desaparecer. En seguida dirigiéndose al cuadro de Gutierrez descubre la principiada cabeza de la Virgen que ilumina da con la incierta luz del día aparecía mas bella, mas pura.—¡Borrarla! exclamó, ¡hacerla desaparecer...! ¡nunca! prefiero que me castiguen.... ¡la muerte! borrarla por mi mano cuando ellos mismos la han respetado! no se han atrevido.... ¿tendré yo mas valor que ellos? ¡Oh, no! esta cabeza tiene vida, respira... Dios mio, si la borrase me parecería que iba á correr su sangre, que la mataba... no, no cometeré tal sacrilegio... muera yo, pero al menos que quede concluida. Y la paleta está en la mano del jóven entusiasta, los colores se mezclan, y bajo el diestro pincel resaltan las tintas mas diáfanas y bellas.

Iba creciendo el día, y estasiado Sebastian no lo echa de ver.... un toque todavia, aquí una tinta mas azulada, decia, mas carmin en los lábios.... Dios mio! parece que se enreabren, que me sonrien: esos ojos me miran... ¡oh Virgen mia...!

Y el muchacho olvida la hora, la esclavitud, los latigazos prometidos; no vé mas que la cabeza de su Virgen que le habla.

Así es que pensó morir de espanto, cuando al apartarse para ver el efecto de la pintura vió tras de sí á los discípulos con el maestro á su frente, que contemplaban en silencio aquel primor del arte. Tan aturdido quedó que ni aun le ocurrió justificarse: con la paleta en una mano y los pinceles y tiento

en la otra, inclinó la cabeza aguardando con resignación el castigo que creía haber merecido.

Hubo unos momentos de profundo silencio, porque si Sebastian estaba como petrificado, por hallarse cogido in fraganti, no estaban menos sorprendidos y mudos, Murillo y sus discípulos por lo que estaban viendo. Por fin lo rompió el maestro, y ocultando su viva emoción, bajo un aire frío y severo le dijo:

—¿Quién es tu maestro? Sebastian,

—Vos... contestó éste con voz apenas perceptible.

—Tu maestro de pintura, quiero decir, muchacho.

—Vos, amo mio, repitió el esclavo temblando como un azogado.

—Sin embargo, jamás te he dado yo lección alguna, repuso Murillo cada vez mas maravillado.

—Es cierto, señor, pero las dabais á vuestros discípulos, y yo las escuchaba, replicó el joven algo alentado, al ver que su amo le hablaba con dulzura.

—Y aun hacias mas que escuchar; por mi santo patron que te has aprovechado de ellas... Señores, dijo dirigiéndose á sus discípulos; este joven ¿merece castigo ó premio?

—Premio, señor, una recompensa, exclamaron todos á la vez.

—Estoy conforme, ¿mas qué recompensa os parece...?

—Diez ducados cuando, menos dijo Isturiz.

—Es poco, añadió Fernandez, deben ser veinte.

—Yo opino que nada de dinero, repuso Gutierrez. Un vestido nuevo para el dia de vuestro santo.

—Oigamos al interesado, dijo Murillo mirando al esclavo; habla Sebastian. ¿Son de tu gusto esos premios? Dilo francamente; estoy tan contento de tí, de esa cabeza y colorido que ha creado tu pincel, que estoy dispuesto á concederte cuanto me pidas; todo: habla, manifiesta tus deseos, nada temas Sebastian, puese juro por el alma de mi padre, que te acordaré cuanto solicites, si está en mi mano.

—¡Oh amo mio! Si me atreviese...

Y cayó de rodillas, plegó sus manos y sus labios entre abiertos, sus centellantes ojos y todas sus facciones, revelaban una idea devoradora, que su timidez impedía espresar.

Todos los jóvenes presentes, amaban á Sebastian, y para animarlo le decian al oido: pídele mucho dinero... alhajas... que te admita por discípulo... Un rayo de alegría brilló en el rostro del mulato al oír esta proposición, pero en seguida meneó tristemente la cabeza.

—Animo Sebastian, decia Murillo sonriéndose al ver la indecision en que creía verle fluctuar, decidete, habla.

—Está hoy tan contento nuestro maestro, ademas estan bondadoso... dijo Gutierrez á media voz, que debes arriesgarte á pedir tu libertad.

Sebastian exaló un gemido sordo de ansiedad. De repente alza la vista hacia su amo, y con voz sofocada por las lágrimas esclama:

—Oh querido amo mio, la libertad de mi padre, os pido la libertad de mi pobre padre.

—Y la tuya tambien, excelente joven, dijo Murillo vertiendo lágrimas de ternura, y sin poder ocultar su emoción le echó los brazos al cuello, y estrechándolo contra su pecho le dice: tu pincel ha descubierto en tí un genio, y tu súplica revela un corazón sensible: ¡eres un completo artista! desde hoy eres mi discípulo, y mi hijo adoptivo: ¡feliz Bartolomé! he hecho algo mas que pintar cuadros..... ¡he creado un pintor!

Murillo fué fiel á su promesa, y Sebastian Gomez, conocido bajo el nombre de *el Mulato de Murillo*, llegó á ser, gracias á las instrucciones de su maestro, uno de los mas célebres pintores de la escuela sevillana: en las iglesias de aquella capital se admiran todavía una Nuestra Señora con el niño en los brazos, una admirable Santa Ana, un hermosísimo San José, y sobre todo su obra maestra el excelente cuadro de Jesucristo atado á la columna, con San Pedro postrado á sus pies, los desposorios de Nuestra Señora y otros varios de sobresaliente mérito.

JAVIER DE ASED.

REFLEXIONES SOBRE LA NATURALEZA.



DE LOS TEMBLORES DE TIERRA.



Dos son, amigos míos, las especies de terremotos que conocemos; el uno le originan los fuegos subterráneos, y la explosión de los volcanes, de suerte que las materias que forman el fuego que existe debajo de la tierra, luego que se inflaman, hace esfuerzos hácia todas partes, y no hallando salida, levantan la tierra y se abren paso lanzándose fuera con la mayor violencia; pero la otra especie de terremoto es muy distinta, si tenemos presente sus efectos. Estos son los que conmueven una gran parte de terreno, y los que se sienten á grandes distancias, sin que se perciba algun nuevo volcan ó erupcion. Sabemos por experiencia y por lo que han dejado escrito nuestros antepasados que ha habido terremotos que á un mismo tiempo se han sentido en Inglaterra, Francia, Alemania y Hungría, habiendo observado que mas bien se han extendido á lo largo que á lo ancho.

Con el objeto de indagar cuales pueden ser las principales causas de estos terremotos haremos las siguientes observaciones. Todas las materias que se inflaman y que pueden causar explosion, producen del mismo modo que la pólvora gran cantidad de aire por medio de la inflamacion, y este aire cuya causa es el fuego, se dilata de tal manera, que debe dar por resultado efectos muy violentos, si es que ha permanecido mucho tiempo encerrado dentro de la tierra.

Imposible es explicar lo funesto que son estos terremotos, porque no hay catástrofe mayor; ni donde mas inútiles sean los esfuerzos humanos, que al sentir las fatales consecuencias de un terremoto. Es verdad que la peste puede

con su siniestro influjo reducir á un corto número los habitantes de la ciudad mas populosa, pero al fin pone un término á sus víctimas. No así la horrosa calamidad de que hablamos, puesto que sepulta pueblos, ciudades, y hasta reinos enteros sin dejar el menor vestigio de lo que antes era el lugar que convirtió en la nada su mano destructora.

Los antiguos nos hablan de muchos temblores de tierra ocasionados en distintas partes del globo. Posidonio dice que hubo una ciudad en Fenicia, que fué enteramente sepultada por un temblor de tierra, el cual no cesó de agitar la isla de Eubea ya en un lugar, ya en otro, hasta que por último se abrió la tierra en el campo de Lepanto y arrojó una gran cantidad de tierra y de cuerpos inflamados.

La célebre ciudad de Antioquia ha sido destruida en diferentes ocasiones á influjos de espantosos terremotos, y se sabe que en tiempos de Trajano fué reducida á escombros casi en su totalidad y que pereció la mayor parte de sus numerosos habitantes. En la época del emperador Justiniano, á consecuencia de otro temblor de tierra, quedaron sepultados entre ruinas cerca de cuarenta mil personas, y setenta años después fueron mas de sesenta mil los que perecieron. La Pulla y la Calabria son dos países que mas han participado de esta terrible calamidad, y seguramente si el monte Vesubio se llegase á cerrar, no es extraño que estas poblaciones desapareciesen de nuestro globo.

He aquí como se espresa un autor aleman con referencia á los viages de Mandelslo.

«El temblor de tierra que esperimentó la isla de San Miguel el 26 de julio de 1591 duró 19 dias. La Tercera y Fayal, fueron agitadas al siguiente

te día, con tanta violencia, que parecían daban vueltas; pero estos horribles vaivenes solo se repitieron allí cuatro veces, mientras que en San Miguel no cesaron un momento en mas de quince días. Una ciudad entera, llamada Villafranca fué asolada hasta los cimientos, y la mayor parte de su vecindario quedó sepultado bajo las ruinas: en muchos parajes, las vegas se transformaron en colinas, y en otros las montañas se allanaron y mudaron de situación; salió de la tierra un manantial de agua viva que corrió por espacio de cuatro días y despues se secó repentinamente. El aire y el mar, todavía mas agitados, formaban un estruendo semejante al bramido de una multitud de animales feroces, y bastantes personas murieron de espanto.»

Mucho tendríamos que escribir si nos detuviésemos á analizar una por una las diferentes poblaciones que en épocas distintas han sufrido este género de es-

tragos. Marruecos, Lisboa, Cádiz, Granada, Orihuela, Murcia y otros puntos, han sido víctimas de estas conmociones de tierra no hace muchos años.

¿Quién será, hijos míos, el que pueda subsistir en presencia de un ser tan poderoso como Dios, cuando manifieste al mundo el leve impulso de su potente brazo? La tierra tiembla, se trastornan y estremecen los cimientos de los montes cuando su cólera se enciende. Reconoced y adorad su magestad soberana. Sus juicios son incomprensibles; pero á la vez es bueno y misericordioso en todas sus disposiciones. No imaginéis que el Altísimo trató de emplear los elementos con el solo objeto de convertirte en polvo: reconoce que hay en ello un fin mucho mas alto, y que los terremotos mismos sirven al plan del Criador para la conservación del todo. Bendicele, hijo mio, y deposita en él tu mayor confianza.

I. A. BERMEJO.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS



EL CASTIGO POR IGUAL.

FABULA.

Pedro, Gil y Trinidad, un tesoro se encontraron, y los tres se disputaron del mismo la propiedad; pero observando despues que sin razon arguyeron, unánimes convinieron repartirle entre los tres. Encargado Trinidad de comprar vino y sustento, marchó para el mismo intento pensativo á la ciudad; y á la vez que caminaba, la ambicion malvada, impia un medio le sugería... veremos lo que pensaba.

«Con arsénico, rocío
«el manjar que comerán:
«Gil y Pedro morirán
«y el tesoro será mio.
Mas Pedro y Gil que querían
del tesoro la mitad,
dijeron que á Trinidad
los dos asesinarían.
Trinidad con el sustento
de la ciudad ha llegado,
y con la muerte ha pagado
su malvado pensamiento.
Del emponzoñado plato
despues los otros comieron,
y el castigo recibieron
del infame asesinato.
Un pensamiento infernal
tres hombres han concebido;
mas al fin han recibido
el castigo por igual.

I. A. BERMEJO.

LA HERRADURA.

LEYENDA POR GOETTE.

Cierto día caminaba Jesús con su comitiva en dirección á una aldea, y habiendo visto en el camino una cosa que brillaba, se acercó mas y conoció que era una herradura; entonces volvió la cara y dijo á San Pedro:

—Cógela.

Pero San Pedro no la recogió, porque venía meditando en el imperio del mundo que era su pensamiento favorito; el hallazgo era muy inferior, y hubiera sido necesario que fuese un cetro ó una corona. ¿Debería doblar su espalda para coger un pedazo de herradura? Siguió su camino, é hizo como que no había escuchado.

Jesús, siempre bueno y paciente, recogió él mismo la herradura. A la entrada del pueblo, se detuvo á la puerta de un herrero, y vendió la herradura en tres dineros. Continuaron su camino, y á cierta distancia vió Jesús á una muger que vendía cerezas, y compró tantas como se pueden comprar por

tres dineros; despues, segun su costumbre las puso tranquilamente en su manga.

Salieron del pueblo; el camino que atravesaban era una estensa pradera sin casas, y por consiguiente no habia un lugar sombrío; el calor era grande, de suerte que se hubiera dado mucho dinero por un poco de agua. El Señor que marchaba siempre delante de sus discipulos dejó caer una cereza, como por casualidad, y San Pedro que le seguía, se agachó para recogerla con tanto apresuramiento como si hubiese sido una manzana de oro. La cereza humedeció agradablemente su paladar. Un momento despues, Jesús dejó caer otra cereza, y Pedro la cogió al instante y se la metió en la boca. El Señor continuó por espacio de algun tiempo haciendo doblar la espalda de Pedro para recoger las cerezas, y en seguida le dijo con calma y amabilidad:

—Pedro, si te hubieses agachado cuando era menester, hubieras comido tus cerezas con mas comodidad; aquel que desprecia las cosas pequeñas, se espone á emplear mas trabajo para lograr cosas aun menos importantes.

HISTORIA NATURAL.



EL MANGLE Y LA GRULLA DE INDIAS.

El mangle (rhizo-phoromaégle-Lin) de la familia de las tauranteas, es sin disputa uno de los árboles mas estrafios que produce la naturaleza; crece en las comarcas cálidas de la América meridional, y regularmente alcanza poca elevacion. Crece particularmente á orillas de las aguas, cerca de las lagunas y á la desembocadura de los rios: tiene así las hojas como las ramas puestas, á trechos salen de su tronco unos retoños á manera de ramas sin hojas, que toman en su origen una direccion horizontal, y luego, inclinándose hácia

abajo verticalmente se hunden en el suelo y echan nuevas raíces; de manera que en las tempestades que con harta frecuencia ocurren en aquellos climas el mangle se encuentra adherido al suelo con la multitud de sus vástagos que lo sostienen á modo de cables. Cada vástago echa otros retoños en su parte inferior, y ramage con hojas en la superior, convirtiéndose con el tiempo en un árbol completo: de ahí resulta que al cabo de algunos años, un solo mangle puede cubrir un vasto terreno formando él solo un gran bosque; pero esto no sucede mas que en los lugares en que no sube muy alta la marea y no llega á cubrir los notables apo-

yos de este árbol. En aquellos sitios en que diariamente las aguas cubren los retoños de que hablamos, no pueden estos desarrollar su ramaje. A veces las aguas acarrear un sin número de ostras y conchas que se pegan y cubren á veces todo el tronco del árbol.

El modo como el mangle se reproduce mediante la semilla, es tambien muy particular. Cuando el fruto está maduro, la semilla no espera para germinar á estar desprendida del árbol, sino que la almendra empieza á entreabrir sus envoltorios, y á echar hácia el exterior una raicilla (ó rudimento de la futura raíz) de diez ó doce pulgadas de largo, en forma de maza, suspendida del punto mas delgado: el extremo grueso que mira al suelo, termina de repente en punta cuando se desenvuelve la plúmula (primeras hojas de la tierna planta) entonces y no antes, se desprende del fruto el embrión, y cae al suelo: arrástrala el peso del extremo mas grueso y la mantiene en una posición vertical, quedando por el impulso de la caída implantada en el fangoso terreno: así al nacer el árbol se halla ya tan bien plantado cual si lo hubiese sido por la mano de un hábil jardinero. Húndese en la tierra desde cuatro hasta ocho pulgadas, segun la mayor ó menor blandura del suelo; siendo así su arraigo en proporcion á la blandura ó dureza de la tierra, cosa á que no saben atender los jardineros.

Al lado de uno de los árboles mas estraños, el autor de la lámina ha colocado un ave no menos original, tal es la grulla de Indias (ardea antigon Eow.) aunque solo por la libertad que se concede á los pintores, supuesto que dicha grulla vive esclusivamente en las Indias Orientales. La altura de esta ave es de cinco pies, su color blanco ceniciento, tiene las alas negras y muy grandes; el pico grueso y muy largo; la cabeza con un pincelito de pelos largos á cada lado, desnuda y carunculada lo mismo que el cuello, en cuya parte inferior se vé un espesor de crines, y en fin tiene las piernas muy largas y delgadas.

Esta ave tiene una actitud pesada y nada graciosa, y los movimientos pausados y poco flexibles, lo que le comu-

ca un aire notable de gravedad. Se reúne á bandadas numerosas en las playas y arenales que dejan las aguas del mar durante la baja marea, y como van siguiendo las olas al paso que se van retirando, guardan estas aves en su marcha una formación regular. Es muy curioso contemplar á ese batallón de aves como vá desfilando lentamente segun la dirección de la última oleada, mientras algunas de ellas se quedan detrás de la estensa fila caminando tiesas y pausadas, como si contasen sus pasos. Sin duda á esto se debe el que llamaban los ingleses á esta ave ayudante y sargento, como la llaman los franceses que viven en las Indias. Por lo demas, esta ave es muy útil en las comarcas en donde vive, porque limpia las orillas del mar de los animales muertos y otras inmundicias que depositan las aguas y mareas, así como tambien en otros lugares húmedos limpian el suelo de las serpientes venenosas y otros reptiles que harian peligrosos tales sitios. Es muy raro que se aparte de las riberas. Durante la alta marea se sitúa en la rama de algun árbol, y allí permanece por espacio de muchas horas en una absoluta inmovilidad. Cuando bajan las aguas parece que se despierta, vá á las orillas y se ocupa en perseguir las pequeñas tortugas, ranas, lagartos y otras sabandijas de que se satisfacen á falta de pescado. En las orillas de los rios y lagos, muchas veces avanza hasta tener agua á la mitad de las piernas, y allí aguarda pacientemente horas enteras en completa inmovilidad á que pase algun pececillo á su alcance. Entonces dobla el cuello hácia la espalda de modo que su cabeza se arrima al pecho, y al divisar su presa, lo estiende con un movimiento tan súbito como un relámpago, y con su formidable pico coge el pez como con unas tenazas y lo retiene, no obstante lo resbaladizo de las escamas y los movimientos que hace el pez para librarse. Cuando está satisfecho su apetito, se vuelve al árbol que le sirve de habitación y se queda dormida.

A pesar del desagradable continente y movimientos ridiculos de esta ave, los brahmanes le profesan suma veneración, no en razon de su utilidad, sino

por creer que despues de muertos van susalmasá alojarse en el cuerpo de una grulla: de ahí resulta que mirando en aquellos países como un crimen imperdonable la caza de las grullas, se han multiplicado estas prodigiosamente. Como el hombre no las inquieta, tam-

poco le temen, por lo que pueden observarse todas sus operaciones desde muy corta distancia. La hembra hace el nido en los pantanos y profesa mucho amor á la prole, la que defiende enfurecida así del hombre como de los perros.



EL MANGLE Y LA GRULLA DE INDIAS.